

Noté que la voz de mi amigo se quebraba con la emoción del recuerdo. Traté de consolarlo con alguna frase de esas que se escuchan en actos mortuorios:

—Los padres no debían morir nunca—creo que fué la elegida.

Mi amigo intentó reponerse:

—Cualquiera que contigo me vea en este antro de perversión, supondrá que estamos corriendo el gran juergazo. Perdona la lata, pero has tenido la desgracia de encontrarme.

Protesté de tal apreciación, y hablé de nuevo.

—No creas; muchos de los que ahí se divierten están igual que yo; pero yo soy sincero conmigo, y esos engañan su dolor, como otros engañan a su estómago: falsos engaños...

A mis instancias, prosigió informándome de su familia.

—Murió mi padre... Yo asistí al entierro casi sin enterarme; pero luego ví el sillón vacío y la garrota, como desmayada sobre uno de los brazos. La sombra protectora de mi padre no llenaba la casa, y me invadió una angustia, una sensación de vacío... Sentí frío también, hasta tal punto que mandé encender la chimenea, con gran asombro de los criados... Y después, la partición de la herencia... eso que has visto: un pañuelo de Manila convertido en jirones. La codicia, lo ambicioso, rencores contenidos... toda esa tropa se reunió con nosotros para ayudarnos a tirar de los flecos, y, tras un laborioso forcejeo, vimos en nuestras manos—como esos—un florido guiñapo: antes de romperse, a todos nos pudo cobijar; después de roto, apenas tenemos cada uno con que tapar nuestras vergüenzas... La dispersión vino al momento: a mi hermano Luis le empujó la aventura, y se fué a América; Enrique se largó a Santander, tras un fantástico negocio; Ricardo ya te he dicho: a ese le empujó la estupidez y, con a guello de ser «ciudadino del mundo», por el mundo anda... No sé de él: hace ya mucho tiempo; de los otros, muy de tarde en tarde...

—Entonces, en Madrid—pregunté—, ¿sólo has quedado tú?

—Sólo yo... y la garrota de mi padre. Ya te he dicho antes que la conservo como si fuera una joya, y joya es para mí. Durante veinte años la he visto sirviendo de sostén a mi padre: era el puntal de una vida que se derrumbaba. Con el uso, yo creo que una extraña corriente de vida iba pasando, poco a poco, a la madera inanimada. Cada vez que la tomo, adquiere mi mano un raro temblor que me recuerda la mano temblona de mi padre paralítico; no sé si, en realidad, lleva la garrota el movimiento que un pulso anciano le fué comunicado lentamente por tan largo espacio, o soy yo el que sufro la alteración del pulso por un recuerdo que me entenece... Tan inseparables fueron mi padre y su garrota, que, cuando volví del entierro y la ví caída sobre un brazo del sillón, me vino a la mente el pensamiento absurdo de que estaba llorando...